

su propio hijo. Abraham preparó una tienda á su hijo antes que fuese concebido, y Dios mismo quiso ser la tienda y la morada de su hijo sin par. Abraham hizo provision de trigo, vino y aceite, que eran los frutos de la antigua bendicion, antes del nacimiento de Isaac, y Dios antes de la concepcion de su dulcísima hija la proveyó de una triplice bendicion muy diferente de la primera, dándose á sí mismo que es el aceite y el principio de toda santidad, dándole su hijo, que es el pan y el sustento de los ángeles, y su Espiritu Santo, que es el vino que alegra el corazon del hombre. Me parece que no hay que añadir nada á estos pensamientos divinos: pasemos á la tercera relacion.

CUARTA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.

CAPITULO V.

QUE ES LA ESPOSA DEL ESPÍRITU SANTO.

Dice el Sabio que es muy difícil de romper una cuerda de tres dobleces (1); y la triplice relacion de la madre de Dios á la beatísima Trinidad es un vinculo indisoluble y un nudo mas que gordiano, que no pueden desatar todas las potestades del infierno. Declaradas las dos primeras relaciones, solo me resta hablar de la tercera, que es la que tuvo la Virgen con el Espiritu Santo.

(1) Ecclesiastés, IV, 42.

§. 1. — Que la bienaventurada Virgen es verdaderamente esposa del Espiritu Santo.

I. ¿Para qué me he de tomar el trabajo de probar esta verdad, cuando la pregonan unánimes todos los santos padres y es la voz ordinaria de la iglesia católica? S. Ildefonso, S. Bernardo y S. Buenaventura lo dicen tantas veces, que maravilla. S. German, patriarca de Constantinopla, la llama (1) con este motivo la esposa sin tacha ni defecto. Los otros la llaman al mismo propósito el lecho régio y el tálamo nupcial del Espiritu Santo. S. Anselmo dice (2): «El Espiritu Santo, el amor y el vinculo del Padre y del Hijo, aquel en quien y por quien debe ser amado todo lo que queremos legitimamente amar, bajó personalmente y en su propia sustancia á la gloriosa Virgen, y escogiéndola por una gracia incomprendible con exclusion de toda otra criatura la hizo su esposa y por lo tanto la reina y la emperatriz del universo.» S. Gregorio Niseno dice sutilmente segun su costumbre (3) que en el dia de la Encarnacion, dia mil veces feliz para el cielo y la tierra, el tálamo nupcial no fué otro que la pureza de la sacratísima Virgen, exenta de todo pecado y de toda corrupcion: que el pabellon de este tálamo fué la virtud del Altísimo, el cual cubrió con su sombra la virginidad de la castísima esposa; y que la antorcha misteriosa fué el esplendor del Espiritu Santo. S. Lorenzo Justiniano hace una observacion muy oportuna (4); á saber, que el glorioso san José sirvió á este designio como de diputado y comisionado del Espiritu Santo para conservarle pura y limpia

(1) Orat. de present. B. V. (3) Hom. 18 in Cantic.
(2) De excellentia Virginitatis, c. 4. (4) De casto connubio Verbi et animæ.

su esposa y para ser como el ángel custodio del cuerpo de ella. Tertuliano (1), Eusebio de Cesarea (2), S. Epifanio (3) y S. Gregorio Nacianceno (4) hacen hablar al mismo Espíritu Santo en Isaías y ponen en su boca estas palabras del profeta: «Me llegué á la profetisa, y concibió y parió un hijo (5).»

II. Pero ¿qué cosa mas formal ni mas terminante que el mensaje del celestial paraninfo, el cual aseguró á la Virgen (6) de parte de su soberano y señor que el Espíritu Santo vendría sobre ella y que la virtud del Altísimo, que no es otra que el mismo espíritu divino, le haría sombra poniéndola bajo de su manto real, es decir, bajo de su protección, y dándole facultad de llevar su nombre y de llamarle su esposo para siempre? Lo cual explica así S. Bernardo (7): «El Espíritu Santo te hará sombra, es decir, te confortará para resistir la luz y el resplandor de la divinidad que se difundirá dentro de ti.» «No te inquietes, continúa el mismo santo doctor, por saber de qué manera se obrará en ti este misterio, porque el que ha de dirigir esta obra divina, te servirá de esposo y dueño y resguardará tu entendimiento de su luz inaccesible, á fin que puedas mirar de hito en hito aquello á que no se atreverán á acercarse los demás.» «El será con respecto á ti, según lo entiende el docto Eulimio (8), lo mismo que una suave y benéfica nube, la cual llegando á disolverse penetra insensiblemente en las venas de la tierra y la hace fértil sin perjudicarla en ninguna manera.» «El te protegerá, como explicarla en Agustín (9), y te defenderá de tal suerte de todo lo que

(1) Lib. de Trinit.
 (2) L. 7 de demonst. evang.,
 c. 7.
 (3) Hæres. 78.
 (4) Orat. in Pascha.
 (5) Isai. VIII.

(6) Luc. I.
 (7) Hom. 4 in Missus.
 (8) In Luc.: Maldon. in I Mat.
 (9) Lib. quinquag. homil.
 hom. 44.

pudiera temer tu integridad, que al contrario hará que por medio de esta concepción inmaculada te vuelvas mas pura y entera que antes.» Basta de este punto: pasemos á los preparativos de sus divinos desposorios.

§. II. — Cómo el Espíritu Santo preparó á la gloriosa virgen Maria para que fuese su dignísima esposa.

I. Si las doncellas escogidas en todas las provincias sujetas al cetro de Asuero para pasar una sola noche con este principe eran preparadas un año antes con todos los afeites y con todo el arte que podia sugerir á los perfumeros el deseo de agradar á su soberano; ¿no habrémos de decir con mucha mas razon que aquella que habia de ser para siempre la esposa sin par del Espíritu Santo, pasó por todos los preparativos adecuados á tal majestad? ¿No habremos de confesar que el Espíritu Santo fué el único que pudo sufragar á los gastos necesarios y que supo hermosear y enriquecer á su esposa como era conveniente? Tal es el sentir del cardenal S. Pedro Damiano y del devoto S. Bernardo. La Virgen, dicen ellos (1), fué hecha, anunciada y preparada por el Espíritu Santo. Mas de ochocientos años antes habia asegurado Dionisio Alejandrino (2) que el tabernáculo del Espíritu Santo, es decir, la virgen Maria, no habia sido labrado por mano de hombre, sino que le habia formado y afirmado el mismo Espíritu Santo: que este habia sido el que en las entrañas de la bienaventurada Virgen habia socorrido á la naturaleza ya medio muerta é incapaz de concebir, el que al mismo tiempo la habia santificado y adornado de sus dones, el que ha-

(1) Damian., sermo 2 de nativ. B. Virgin.: S. Bernard., sermo 2 in Missus.

(2) Epist. adversus Paulum Samosatenum apud Turriapum in Hopplotheos.

bia formado su infancia y le habia servido de maestro y preceptor.

II. Pero cuando descubrió mucho mas particularmente sus amorosos cuidados y su industriosa diligencia, fué cuando la llevó á la soledad para hablarle con el corazon en la mano, como dice él mismo por el profeta Oseas (1) y como canta la iglesia (2); cuando le preparó una morada estable y fija en su propia casa; cuando habiendo llegado á la edad de tres años, sus padres que por disposicion del cielo la habian consagrado á Dios en calidad de nazarena aun antes que fuese concebida, la llevaron al templo para que sirviera á su divina majestad hasta que ordenase otra cosa, y cuando fué como milagrosamente recibida á fin de vivir doce años en el santuario del Señor, donde no era dado á nadie entrar excepto al sumo sacerdote y eso una vez al año solamente. Esta proposicion pudiera parecér singular, si no estuviere tan autorizada por el comun consentimiento de los antiguos padres de la iglesia, que seria notable temeridad negarla. Con efecto así lo enseñaron clara y distintamente el bienaventurado Evidio, primer patriarca de Antioquia despues de S. Pedro (3), S. Gregorio Niseno (4), S. Andrés de Jerusalem, arzobispo de Candia (5), S. German, patriarca de Constantinopla (6), Jorge, arzobispo de Nicomedia (7), Simeon Metafrasta (8), á quien llaman ordinariamente los griegos el maestro honrándole á par de S. Juan Crisóstomo, de S. Gregorio y de S. Basilio, y á quien el concilio de Florencia en su sesion séptima ca-

(1) Ose. c. II.
(2) In labernaculo suo habitare fecit eam.

(3) In epist. apud Nicephor., l. 2, hist., cap. 23.

(4) Orat. in diem natalis Domini.

(5) Orat. 4 de dormit. B. V.

(6) Orat. de oblatione B. V.

(7) Orat. de oblatione B. Marie.

(8) Orat. de ortu et dormit. Deiparæ.

lificó con el título de santo é insigne doctor; San Juan Damasceno (1), los emperadores de Oriente Leon, llamado el sabio (2), y Mateo Cantacuzeno (3), los historiadores Niceforo (4), Glicas (5) y otros muchísimos sin hablar de los escritores modernos (6). Ve aqui los términos en que se expresa el Menologio de los griegos el dia 21 de noviembre: La celebridad de la entrada de la madre de Dios en el templo cuando sus padres la llevaron á la edad de tres años segun la promesa que habian hecho, y la presentaron á los sacerdotes, los cuales la recibieron y por disposicion de Dios la hospedaron en el lugar mas retirado del templo, donde solo el sumo sacerdote entraba una vez al año, y alli la permitieron hacer una vida retirada y separada de los demas.

III. Si alguno no obstante la autoridad de tantos insignes varones quisiese aún hacerse el réacio; considere lo que se lee en la escritura (7) de que nadie fuera del sumo sacerdote era admitido en el santuario, debe por ventura de entenderse é interpretarse del tiempo en que oficiaba solamente una vez al año; acuérdesese de lo que cuentan Hegesipo (8), Eusebio de Cesarea (9), S. Epifanio (10) y S. Gerónimo (11), que el privilegio de orar á veces en el santo de los santos se concedió á Santiago llamado el hermano de nuestro Salvador: reflexione sobre el estado en que se hallaba entonces el pueblo judío despues de tantas guerras y revoluciones: piense que habiendo sido demolido dos veces el templo, arrebatada el arca y alteradas las mas de las antiguas ceremonias, no fue-

(1) Fidei orthodox., c. 15.

(2) Orat. de hoc festo citata in Menolog. grecorum.

(3) In illud. Cant. II: Introduxerunt me in cillam vinariam.

(4) Lib. 1, hist., cap. 17.

(5) Part. 2 Annal.

(6) Vide Canis. l. 4 de B. V.

(7) Levit. XVI.

(8) Lib. 5.

(9) Hist. eccl., l. 2, c. 23.

(10) Hæres. 78.

(11) De scriptor. ecclies.

ra gran maravilla que hubiese habido en este punto alguna relajacion: sepa que Dios, que habia hecho las leyes y ordenanzas, era superior á ellas y podia dispensar de esta á la madre de su hijo; porque así lo entienden los padres de quienes tenemos esta verdad: atienda á las maravillas acaecidas en la concepcion y natividad de la Virgen santísima, que eran mas que suficientes para hacer entender á los sacerdotes que aquella niña tenia cierta grandeza y ventaja sobre el comun de los creyentes; lo cual se descubria aun en su rostro y continente. En una palabra quiero que entienda que la mayor parte de los autores arriba citados llegan á asegurar (1) que ordinariamente no tomaba la santa niña otro alimento que el que le traian los ángeles. Mas ¿por qué ha de parecernos singular, cuando sabemos que se concedieron semejantes y aun mas extraordinarios favores á varios santos, los cuales al cabo no son sino siervos de aquél de quien es madre la Virgen?

IV. Presupuesta esta verdad, me vienen ganas de saludar á la esposa futura del Espíritu Santo á su entrada en el templo con las dulces palabras que S. German pone en boca de Zacarías, padre de S. Juan Bautista y tío de la Virgen, en esta solemnidad: «Entra enborabuena; entra, cumplimiento de mi profecía; entra, efecto de las promesas del cielo; entra, sello del testamento del Señor; entra, objeto y blanco de sus designios; entra, llave de los misterios escondidos; entra, punto de mira de todos los profetas; entra, paz de los desgraciados, concordia de las cosas desunidas, arrimo de las que iban á arruinarse, renovacion de las que habian envejecido, claridad de los que estaban en tinieblas; entra, don peregrino y divino; entra, señora de todo lo

(1) German. constantinop.; Georg. in conced. locis citatis.

criado; entra en tu propia heredad y aguarda con gozo y satisfaccion la venida del Espíritu Santo, tu esposo, al templo de tu cuerpo; espera en nombre de todos los hijos de adopcion la embajada del celestial mensajero, la operacion de la virtud del Altísimo y la concepcion del hijo único de Dios.»

V. ¡Oh quién pudiera concebir lo que la sacratísima Virgen hizo allí dentro por espacio de doce años! ¡Oh quién tuviese algun conocimiento del extremo de sus contemplaciones, del ansia de sus éxtasis, de sus pláticas familiares con los espíritus bienaventurados, de sus bacimientos de gracias, de sus adoraciones y humillaciones! ¡Oh quién pudiera comprender la dulzura de tal vida, que según S. German mereció mas llevarse en los altos cielos que no acá en la tierra! ¡Oh quién pudiera contar las caricias que el Espíritu Santo hacia desde entonces á esta doncellita, á quien iba disponiendo para que fuese dignísima esposa suya! ¡Oh quién pudiera declarararnos lo que el ángel hizo entender á santa Brigida cuando le dijo (1) que el Espíritu Santo estaba al rededor de la Virgen lo mismo que una solícita abeja que desde por la mañana cerca el capullo aun no abierto de la rosa esperando que se abra con la fuerza de los rayos del sol! ¡Oh quién pudiera explicarnos lo que refiere en el mismo lugar que el Espíritu Santo fué el horno donde fué metida la Virgen para disponerla á servir á los admirables designios de Dios! ¡Oh quién fuera capaz de entender lo que la misma señora reveló un día á aquella bienaventurada viuda (2); que ella era como una nuez que va creciendo siempre hasta su madurez, de suerte que á medida que se extiende la cáscara, crece en tamaño el hueso y ocupa todo el interior sin quedar

(1) Serm. angelico, c. 44. (2) Revel., lib. 3, c. 8.

ningun hueco; así á medida que ella crecía en edad y capacidad, el Espíritu Santo que la poseía, henchía toda la capacidad de su alma! ¡Oh quién nos diese la inteligencia secreta de la expresión de S. Juan Damasceno, cuando dice (1) que fué plantada en la casa de Dios y que á manera de un olivo escogido dió fruto de toda virtud preparando su cuerpo y su alma para ser agradable morada del criador de todas las cosas! ¡Oh quién nos dijera con el devoto emperador Cantacuzeno cómo fué admitida en la bodega de los vinos generosos de su esposo y cómo bebió á satisfacción de aquella celestial malvasía! Pero todos estos son secretos mas para admirados que para comprendidos, y misterios que hay que venerar con un profundo y religioso silencio antes que profanarlos con nuestra tosca palabra.

§. III. — De las disposiciones que la virgen santa Maria puso por su parte para hacerse digna esposa del Espíritu Santo.

I. El Espíritu Santo, dice el abad Ruperto (2), fué mas feliz en la perfeccion de la Virgen santísima que el Padre eterno en la formacion del primer hombre y de la primera mujer, no porque el Espíritu Santo fuese mejor artífice que el Padre, sino porque el barro que le tocó, era sin comparacion mas á propósito para hacer una obra excelente que aquel de que fué formado Adam. Esto se verá claramente por las disposiciones que puso ella para ser digna esposa del Espíritu Santo; de lo cual tendria yo mucho que decir, si no fuera porque en el tratado siguiente habré de hacer un discurso casi igual. Así pues escogeré solamente tres calidades singulares que él

(1) Fidei orthod., l. 4, c. 45 (2) De operib. Spirit. Sanct., et serm. de nativ. B. Virg. lib. 4, c. 42.

mismo va tocando, aunque enigmáticamente, cuando descubriendo su corazón á su esposa le manifiesta lo que ha cautivado sobre todo su cariño. « Hermana mía y esposa mía, le dice, tú me has herido el corazón; » ó como expresa el texto originario: « tú me has robado el corazón con uno de tus ojos y con uno de tus cabellos que ondean sobre tu cuello (1). » S. Gerónimo juzga (2) que el ojo que roba el corazón de este noble esposo, no es otro que la pureza mas que angelical de la Virgen, porque la virginidad, dice, es propiamente el ojo derecho de la iglesia santa; ojo vivo, penetrante y agradable, pues el otro que está mas abatido y triste, es el del estado del matrimonio. Hugo de S. Víctor quiere mas (3) que sea la mira recta que el alma de la Virgen tuvo siempre puesta en su Dios, mira tan firme é invariable, que no le aconteció jamás desviarse un tantico de ella. El abad Ruperto se persuade (4) á que el cabello que ondea sobre el cuello de la esposa, no es otro que la humildad, humildad en todo uniforme é igual como el cabello, humildad que se aprecia menos que un cabello, humildad mas flexible y manejable que un cabello, humildad que tiene menos apariencia y ostentacion que un cabello, humildad que cubre el cuello donde está el asiento de la obediencia, inclinándole á someterse á todos. Ve aquí á mi parecer tres cualidades muy notables y propias para conquistar el corazón del Espíritu Santo.

Primera disposicion: la humildad.

II. Comienzo por la humildad, porque es el principio de toda virtud, la que hospeda á las demás en el

(1) Cant. IV.

(2) Lib. 4 contra Jovinian.

(3) In eum locum Cantic.

(4) Ibid.

alma, y retirándose ella desaparecen las otras incontinenti, ó mejor porque la Virgen bienaventurada comenzó por esta virtud, como lo reveló ella misma un día á santa Matilde, habiendo pasado toda su vida y especialmente los años de la juventud con tan gran recato y tan poca estimación de sí misma, que aunque aquellas con quienes conversaba, no mereciesen mirarla á causa de su incomparable dignidad, no obstante ella se hacia sierva de todas, de suerte que no le aconteció jamás preferirse á nadie. Es una cosa preciosa delante de Dios una alma cordialmente humilde, especialmente cuando la humildad está acompañada de muchas raras y eminentes calidades, que con todo no son capaces de hacerla dejar su lugar. Dios mismo no puede menos de amarla. Es una concordia admirable, dice S. Bernardo (1), y capaz de ganar el corazon de Dios, la que se efectúa en el alma cuando la humildad apoya y recomienda la virginidad y esta sirve de ornamento á aquella. ¿Qué será pues, segun dice el mismo santo en otro lugar (2), si la humildad está acompañada de todas las virtudes juntas, como sucedió á la Virgen santísima, verdadero espejo de perfeccion? ¿Hay trazas de que Dios pueda entonces ocultar á una alma el exceso de su amor y de que no sea atraído por la suavidad de este perfume celestial? Pero ¿qué mas quereis cuando la iglesia pone en boca de la Señora estas palabras: Siendo yo pequeña á mis ojos me he granjeado el favor del soberano, ó por mejor decir (supuesto que ella misma lo confiesa ingenuamente en su Cántico) el Señor ha mirado á la humildad y pequenez de su sierva? Creeréis á lo menos que una embajada tan magnífica como la que recibió del cielo, fue capaz de ensoberbecerla y darle humos de vanidad. Tan lejos es-

(1) Hom. 4 in *Missus*.

(2) Sermo 4 de Assumpt.

tuvo de eso, que antes se abatió y humilló mas; de lo cual se asombra tanto S. Bernardo (1), que no sabe ya que decir viendo que á medida que es llamada madre de Dios, ella se titula su sierva, y que en cuanto se habla de enaltecerla, ella se abisma hasta el centro de la tierra. ¡Oh santa virtud de la humildad! ¿Quién nos dirá si tú honraste mas á esta señora por haberla enaltecido tanto ó si recibiste mas honor de ella por haberte encontrado en la que poseyó la dignidad de madre de Dios?

Segunda disposicion: la virginidad.

III. Un diamante de pureza engastado en el oro de la humildad es un presente digno del cielo. Por eso era conveniente, y es opinion de S. Bernardo (2), que si Dios podia ser atraído á la tierra por el olor de alguna virtud, lo fuese por el suave aroma que se forma de la union de estas dos raras prendas. Convenia, dice el santo, que la que habia enarbolado el estandarte de la virginidad (virtud que era nueva en el mundo), fuese honrada con una embajada nueva y que no fuese escogido otro que un ángel del cielo para ser enviado al ángel de la tierra. Este ángel no es otro que Maria, pues en testimonio de S. Basilio (3) ó mejor dicho de la verdad misma no tuvo jamás igual en esta virtud angélica. No os tomeis el trabajo, dice muy bien su gran siervo S. Anselmo (4), de buscar en la tierra ó en el cielo una pureza semejante á la de Maria: es una cosa muy puesta en razon que ella se aventaje en pureza, pero mas de lo que podeis comprender, á todas las otras criaturas, pues que el Padre eterno se

(1) Serm. 4 in *Missus*.

(2) Sermo in Annunt.

(3) Hom. de humana Christi generat.

(4) De conceptu virginali, c. 48.

digna de hacerla madre de su hijo único, el Hijo la acepta por tal y el Espíritu Santo se encariña y la toma por esposa, todo para efectuar el admirable misterio de la Encarnación.

IV. La tercera virtud que cautivó el amor del Espíritu Santo, fué esa mirada fija en él y esa palpitation de un corazón que continuamente anhela por él. ¿Cómo había de dejar de amarla el Espíritu Santo, cuando una alma hecha de esta suerte vale mas que un mundo entero? Siempre se la vería buscar á Dios, ir á Dios, suspirar por Dios. Cuando estaba despierta, era por Dios: cuando dormía, su corazón no dejaba de estar con Dios: si hablaba, era de Dios: si trabajaba, siempre con Dios: si andaba, era para buscar á Dios: si descansaba, era en Dios: orando, leyendo, ocupándose en servicio de su prójimo, vacando á si misma estaba mas absorta en Dios que los mas encumbrados espíritus del cielo. En una palabra vivía lo mismo que si no hubiera habido mas que Dios y ella. Yo á mi amado (dice), y la vuelta de él hacía mi (1). No busqueis mas. S. Ambrosio advierte muy oportunamente (2) que estas palabras ó las equivalentes: Mi amado es de mi y yo de mi amado; se repiten tres veces en el Cantar de los Cantares (3) para dar á entender que ella había buscado siempre á Dios en el principio, en el medio y en el fin de su vida, en sus pensamientos, sus palabras y sus obras.

V. Ve aquí brevemente, para hablar con S. Bernardo (4), una parte de los ricos atavíos de virtud con que la Virgen real había sido engalanada admirablemente así en el cuerpo como en el alma; á lo que dió realce su incomparable hermosura, y esta preciosa concordia la hizo

(1) Cantic. VII.

(2) De Isaac, c. 8.

(3) Cap. II, VI y VII.

(4) Hom. 4 in *Missus*.

tan recomendable á los ojos de los ciudadanos del cielo, que cautivó además el corazón y el cariño del rey de los ángeles y le valió merecer una embajada, que no ha tenido ni tendrá nunca igual.

§. IV.—Gracias incomparables que el Espíritu Santo otorgó á esta su esposa en favor de sus desposorios.

I. Es menester confesar que no hay aprovechamiento mas que en una alma buena, ni virtud heroica mas que en un corazón varonil y generoso: por eso no hay como entregarse á Dios una vez para siempre. La Virgen lo hizo tan en buena hora para sí, que ella misma no puede decir lo que ganó, según ya he manifestado. S. Epifanio sienta en los libros de recibo de la Virgen todas las riquezas del cielo en dos solos artículos. Ella recibió, dice (1), por joyas y galas el Espíritu Santo y por pension el cielo con el paraíso; es decir, el precioso título de señora y emperatriz del mundo con todos sus derechos y pertenencias: de este título hablaré mas largamente en el capítulo XIII del tratado segundo. En cuanto al Espíritu Santo, que recibió por joyas y galas según el santo doctor, está claro que han de entenderse sus dones y gracias, pues que tenía por esposo al mismo Espíritu Santo. Sin querer anticipar aquí lo que he de tratar en el capítulo VII sobre la abundancia de las gracias que recibió, y los dones del Espíritu Santo que la acompañaron, me contentaré con decir que todos los espíritus criados no pueden llegar á comprender la magnitud de la gracia que le fué dada en consideración á estas divinas bodas, y no quiero mas que anotar aquí de paso lo que dijeron S. German de Constantinopla, Sofronio de Jerusalem y S. Bernardino de Sena. El primero

(1) Serm. de laudibus Mariæ.

se vale de una comparación llena de énfasis y dice (1) que habiendo Dios resuelto recobrar su perla que habia caído en el lodo, purificó nuestra tierra en la persona de la Virgen santísima por la inundación del Espíritu Santo. El segundo protesta á la verdad que ignora la medida de esta gracia; pero por lo demás la deja conjeturar de que habiendo quedado desde luego la Virgen en cinta no solo del hijo de Dios, sino de todos los hijos de adopción, era conveniente que la recibiese para comunicarla á todos (2). El discurso del tercero me parece digno de perpetua memoria: véase aquí trasladado fielmente (3). «Para que el Padre eterno engendrarse un hijo y un Dios igual á sí, no se necesitaban ningunas disposiciones previas, en atención á que esto le convenia por su propia naturaleza, capaz de comunicarse por la vía del entendimiento á un Verbo que fuese consustancial é igual á él en todo y por todo. Mas para que una mujer concibiese á un Dios, fué preciso emplear disposiciones enteramente extraordinarias como para una obra milagrosa; porque fué necesario énaltecerla á ella hasta tal punto, que igualara en cierto modo las grandezas de Dios por disposiciones de gracia y perfecciones en alguna manera infinitas; cosa que estando fuera de paridad y de toda experiencia está tambien fuera de la comprensión de todo espíritu criado. Esto es lo que quiso dar á entender el ángel Gabriel cuando respondió al mismo tiempo á la pregunta y á la admiración de la bienaventurada Virgen, como si hubiera dicho: No me estreches mas, si te parece, porque confieso que ignoro lo que me preguntas: solo tengo que decirte de parte del que ha de cumplir este misterio, que es tan grande para hacerte comprender como po-

(1) Orat. de Nat. B. Virg.

(2) Epist. de Assumpt. ad Paul.

(3) Tom. 3, conc. 61, art. 2.

deroso para efectuarle en tí y por tí.» Hasta aquí san Bernardino.

Su virginidad recibe nuevo incremento.

II. Añádase á lo que dicen estos santos, que su virginidad recibió tal incremento, que los ángeles quedaron confusos y avergonzados al comparar su pureza con la de ella. Así lo dice S. Buenaventura (1): «No solo fué acendrada tu virginidad, oh Virgen santísima, por esta concepción inmaculada, sino enriquecida, ennoblecida, acrecentada, sellada y consagrada.» Por esto le dirige san Juan Damasceno las siguientes palabras: «No temas la venida del Espíritu Santo sobre tí, oh santa señora, porque has leído en los sagrados libros que es un fuego que todo lo abrasa y consume; pues te hará semejante á la zarza de Moisés que arde sin consumirse, ó mas bien si quieres, te servirá de celestial rocío y de un refrigerio todo divino (2).» «No temas, dice S. Gregorio Taumaturgo, porque el que está contigo, no es un esposo tomado entre los hombros, sino el Señor de toda santidad, el padre de la castidad, el autor de la integridad, el dador de la libertad, el medianero de la salvación y el solicitador de la verdadera paz (3).»

III. «Pero ¿qué motivo de temer podría haber para el pudor, dice S. Ildefonso (4), donde la divinidad se une con la virginidad su hermana, donde el ángel es el mediador, la fidelidad la que lleva la antorcha, la caridad el vínculo conyugal, la virtud la dote, la conciencia el juez, Dios el fin y el principio de la unión, y la integridad el fruto del matrimonio, donde la virgen se hace madre y la madre queda virgen?»

(1) Specul. B. V., c. 4.

(2) Orat. de nativ. B. Virg.

(3) Sermo 1 de Annunt.

(4) De virginit. Delpatri.

que llena de celestiales dulcedumbres.

IV. ¿Qué queréis que os diga del exceso de contento interior y de la copia de celestiales dulcedumbres que sintió con la venida del Espíritu Santo, Dios de toda dulzura y fuente viva de todos los contentamientos verdaderos, con la concepción del Verbo divino milagrosamente encarnado en sus entrañas, y con la participación de la alegría que recibió el Padre eterno en el cumplimiento de este misterio, cuando afirma S. Agustín (1) que fué tal, que sacó á la Virgen como fuera de sí y la dejó sin poder explicarlo? Y á tal extremo llegan muchos doctores, que no tienen reparo de decir que en este instante de una dicha eterna para ella fué levantada en alas de una contemplación tan sublime, que recibió la gracia de ver á las claras la esencia divina (2). Pero de esto diré algo en mejor ocasión, aunque acaso no nos corresponda penetrar mas en el conocimiento de las gracias y caricias que se hicieron á esta santa señora en consideración de sus desposorios.

V. Como quiera que sea, tengo firme confianza, oh Virgen gloriosa, de que no despreciarás los sentimientos del gozo público que te presentamos de parte de toda nuestra naturaleza, la cual te dice con mas afecto como tambien con mas motivo que dijeron los hermanos de Rebeca á su buena hermana: «Hermmana nuestra eres; crece en mil y mil generaciones, y vence por medio de tu hijo á todos tus enemigos (3). Por lo demás aunque tu abuelo David te advierta que olvides tu pueblo y la casa de tu

(1) *Super Magnificat.*

(2) S. Cyr., sermo de nat. Rupert., l. 3 in Cantic.: S. Antonin., part. 4., tit. 45, cap. 47.

§. I. ex Alberto Magno: Dionys.

Carthus. in D. Dionys. de celest. hier. c. 18: Gers., Alphab. 45. tit. § C. alphab. 88, tit. 9.

(3) Genes. XXIV, 60.

padre (1), pues tienes la honra de contraer un parentesco que no hubieras esperado jamás y que te eleva sobre nosotros mas de lo que tú misma comprendes; sin embargo nos importa singularmente que no llegués á despreciarnos, en especial en aquella hora en que tienes toda potestad de servirnos, en vista de que nunca fué el ánimo de ese rey bondadoso darte un corazón desapiadado para con nosotros, sino solo alentar tu valor y hacerte entender que de aquí adelante no debes ya de sacar tu gloria de la tierra, supuesto que estás emparentada con el cielo.

§. V.—Cómo la beatísima Trinidad concibió de un modo inefable á esta santa Señora, Dios de todos los desposorios.

I. Como nunca hubo una boda igual á la de que tratamos, tampoco se encontró jamás una concurrencia igual á esta, atendiendo á que no es posible imaginarse una magnificencia parecida á aquella en que Dios mismo es el esposo y el que desposa, el convidado y el que convida, el banquete y el maestra sala de él. Porque si bien el Salvador prometió á quien le amase (2), que vendrá á él y morará con él en compañía del Padre y del Espíritu Santo (lo cual se verifica por los efectos de la gracia en el alma del justo); sin embargo no nos es dado detenernos ahí en el hecho de que se trata, sino que hay que levantar nuestros pensamientos y concebir una manera de presencia y operación de la santísima Trinidad muy diferente de aquella. Siendo así, ¿quién podrá persuadirse á que cuando S. Epifanio llamaba á la Virgen santísima esposa de la beatísima Trinidad, lo entendía de un modo ordinario y común á las almas que estan en

(1) Salmo XLIV, 11.

(2) Joan. XIV.

gracia de Dios (1)? ¿Quién oyendo á los dos principes de las escuelas, esto es, á los doctores angélico y seráfico (2), llamaría triclino de la augustísima Trinidad, no se figurará alguna cosa mas sublime que todo cuanto pasa en el estado aun el mas eminente de la santidad? ¿Quién oyendo decir á S. Bernardo (3) y á S. Buenaventura (4) despues del celestial parainfio: «El Señor es contigo, es decir, el Padre, señor de todas las cosas, de quien concebiste al Hijo; el Hijo, señor igualmente de todo lo criado, á quien concebiste; y el Espíritu Santo, no menos señor que el Padre y el Hijo, de quien concebiste y por quien fué santificado tu vientre asi como por el Padre y por el Hijo; repito, oyendo estas maravillas no pasa sobre todo lo que es de la naturaleza y de la gracia para adorar á la Trinidad infinita de un modo muy particular en el seno de la virgen Maria?

II. Hesiquio, presbítero ó segun otros patriarca de Jerusalem, que vivia mil y doscientos años há, dijo una expresión de la Virgen que ha ejercitado hasta ahora á los mejores ingenios, cuando la adorable Trinidad ó remate de la santísima Trinidad (5). ¿Por ventura, dirá alguno de buenas á primeras, la adorable Trinidad estaba imperfecta ó adolecia de algun defecto? ¿No es un Océano de grandezas, un abismo de perfecciones, la fuente y origen de toda bondad, de toda santidad y de todo ser? Pero vamos con tiento: es necesario comprender el verdadero sentido de aquel antiguo doctor (6). Es verdad que la beatísima Trinidad es completísima é infinitamente mas perfecta de lo que podemos imaginarnos; pero esto puede explicarse por una frase del Após-

(1) Orat. de S. Deipara.
(2) S. Thom. opusc. 8; S. Bonav. laus rhythmica B. Virg.
(3) Sermo 3 in Misiss.
(4) Specul. B. Virg., c. 8.

(5) Orat. 2 in Mariam Deiparam.
(6) Hieron. de Florent. apud Ferdinand. de Salazar in c. VIII Proverb.

tol: «Suplo en mi carne, dice, lo que resta de los sufrimientos de Cristo (1)»: no porque su pasion no fuese suficiente para rescatar millares de mundos, sino porque en realidad quedaba inútil para nosotros si no nos era aplicada personalmente por los sacramentos y las obras meritorias y satisfactorias, que sirven de sello y complemento por decirlo así á la pasion del Salvador (2). Del mismo modo decimos que aunque la Trinidad sea infinita en todas sus perfecciones y no pueda recibir nada en sí misma, no obstante si la consideramos en cuanto puede comunicarse al exterior, es capaz de alguna perfeccion sobreviniente, que no rebaja de ningun modo la grandeza de Dios. Si los instamos para que declaren en particular en qué consiste ese complemento; nos dirán que estriba en que no siendo fecundá la Trinidad divina mas que en dos personas, á saber, el Padre y el Hijo, parecia que el Espíritu Santo por un esfuerzo de su infinita bondad deseaba alguna comunicacion de sí mismo, la cual no pudiendo ser dentro de la misma Trinidad la buscó fuera. Así á falta de poder comunicarse infinitamente porque todas las criaturas son limitadas, escogió una á quien se comunicó en cuanto ella fué capaz, y esa criatura es la bienaventurada virgen Maria.

III. Dirán además que así como por la generacion eterna del Verbo tiené el Padre una relacion con el Hijo

(1) Ad coloss. I. 24.

(2) Adición de la madre Maria J. de Blenur. «Repito que no es porque la pasion del Salvador no sea muy perfecta en sí misma; mas el apóstol quiere decir que los miembros padecen los unos por los otros y por todo el cuerpo como el padeció por nosotros. El Salvador, dice Primosio, comenzó la pasion; pero no la acabó, y la iglesia la com-

pleta. Puede decirse tambien que tenía en el corazon un celo infinito de padecer por amor á su padre y odio al pecado toda suerte de males y suplicios, aunque no debía de sufrir mas que sola la muerte de cruz: todos los santos que padecen diferentes persecuciones y nuevos tormentos en toda la tierra, suplen los que Jesucristo padeció en su espíritu.»

y el Hijo con el Padre y por la producción del Espíritu Santo el Padre y el Hijo tienen otra relación con el mismo Espíritu Santo, y este con ambos, como que es el amor y el vínculo de los dos; de la misma manera estas tres personas eran todavía capaces de una nueva relación así como de un aumento de perfección que podía venirles de fuera; relación que les sobrevino en la generación temporal del Verbo divino, la que se efectuó en el vientre de la virgen María, donde el Espíritu Santo en calidad de esposo llevó al cabo esta obra divina, que podemos llamar con razón el compendio de todas las obras y de todas las maravillas de Dios.

IV. Bien sé que de poco sirve el contradecir; así no tengo de ningún modo intención de tocar á fondo esta doctrina para desacreditarla, sino de decir únicamente que en mi juicio todas esas interpretaciones tienen mas sutileza que congruencia con el sentido y la intención de aquel antiguo doctor, el cual no quiso expresar otra cosa sino que la Virgen estaba enteramente llena de la santísima Trinidad. Para convenir en esto no hay mas que traer á la memoria su discurso, que es una comparación del arca de Noé con la Virgen, aplicada de esta suerte. Aquella era el arca de los animales, y esta es el arca de la vida: aquella no contenía mas que criaturas corruptibles, y esta trajo la vida incorruptible; aquella tenía dentro al justo Noé, y esta al padre y criador de Noé; aquella tenía tres altos y tres viviendas, y esta está toda llena de la beatísima Trinidad, porque el Padre le hace sombra, el Hijo está en sus entrañas, y el Espíritu Santo se halla allí como en su tálamo nupcial. ¿Quién no ve que este complemento, ó para trasladar con mas propiedad la palabra griega, esta plenitud de que se trata, debe de tomarse pasivamente, y que cuando se llama á la Virgen toda la plenitud de la Trinidad, se quiere decir que está toda llena de ella sin que quede

ningun lugar vacío, supuesto que su cuerpo, su alma, su memoria, su entendimiento, su voluntad y todas sus potencias están llenas de la divinidad?

V. Si se me insta para que pase adelante y explique por menor cómo se hallaron las tres personas divinas de una manera especialísima en el sagrado vientre de la virgen María; tendré siempre mi resguardo en lo que senté al principio; que esta manera es inefable. No obstante si se ha de decir algo, sé bien que no erraré mientras siga lo que nos enseñó el hijo único que está en el seno del Padre, cuando dijo: «¿No creéis que yo estoy en el Padre y el Padre en mí (1)?» Yo tengo firmemente que no me apartaré de la regla de la fé cuando diga con S. Hilario (2): «Creo que el Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre por unidad de naturaleza, por potencia de operación, por igualdad de honor y por orden de nacimiento: lo mismo creo del Espíritu Santo en virtud del origen que trae del Padre y del Hijo.» Diré resueltamente con el mismo santo (3) que la plenitud de la divinidad que se halla en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, es causa de que el Padre está en el Hijo y en el Espíritu Santo, el Hijo en el Padre y en el Espíritu Santo, y el Espíritu Santo en el Padre y en el Hijo: que toda la naturaleza y la sustancia que hay en el uno, está entera, igual y perfectamente en los otros sin diferencia, diversidad ni división; y que siendo las personas de todo punto inseparables las unas de las otras no lo son menos de la naturaleza divina, ni está de las personas. Pasaré mas allá y diré con el angélico doctor (4) que estas divinas personas están la una en la otra en razón de la esencia divina, que se comunican la una á la otra, de que son igualmente inseparables en razón de las re-

(1) Joan. XIV, 40.

(2) De Trinit., l. 9.

(3) Ibid. l. 3.

(4) Part. I, q. 12, art. 5.

laciones personales, que no pueden subsistir, ni aun si quiera entenderse la una sin la otra, y en razon del origen que la una trae de la otra de quien procede; de suerte que subsiste esencialmente unida á ella en una perfectísima identidad de naturaleza. Diré con S. Ambrosio (1) que la admirable obra de la encarnacion fué hecha individuamente por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: que los tres se encontraron en las sagradas entrañas de la Virgen santísima para formar un hombre Dios, portento del cielo y de la tierra; y que no obstante solo el Hijo encarnó á causa de que él solo se unió en calidad de término y supuesto á la naturaleza humana que tomó. «Así por una imperfecta comparacion, decia S. Agustín (2), vemos que cuando uno toca el laúd ó cualquier otro instrumento músico, el arte dirige la mano y la mano pulsa las cuerdas; y bien que sean absolutamente necesarias estas tres piezas; no obstante ni el arte, ni la mano dan el sonido que halaga al oído, sino las cuerdas solamente (3).» «Así sucede, decia el docto cardenal Belarmio, cuando dos señores visten al rey para algún acto solemne, ayudando él tambien, porque aunque los tres hacen la operacion, solo el rey queda vestido con el manto real.» Esta es la maravilla que Dios obró y que nadie sino él pudo obrar para hacerse conocer y adorar en la Virgen santísima como en el templo y santuario mas angusto que ha escogido despues de aquel donde se halla personalmente toda la plenitud de la di-

(1) De Spirit. Sancto, l. 3, cap. 2.

(2) De eccles. dogmat. circa principium.

(3) Adición de la madre Maria J. de Bienur. «A nosotros nos costaría trabajo valernos de esta especie de comparaciones

tan hojas y familiares en un asunto tan elevado como el de que tratamos; pero teniendo por maestro á un tan insigne doctor como S. Agustín, parece que no hay dificultad en seguirle.»

vinidad; este es nuestro bendito salvador y redentor, á quien se dé honor y gloria con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos.

QUINTA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.

CAPITULO VI.

QUE NO TIENE IGUAL EN SUS PARTES PEREGRINAS Y CALIDADES NATURALES.

El divino esposo de los Cantares no acaba en tratándose de alabar á su casta esposa. En el capítulo IV dice maravillas de ella y despues de muchas alabanzas añade: «Sin lo que está oculto por dentro:» como si dijera: «No pretendo hacer aquí un elogio de las relevantes prendas que adornan tu alma y en que consiste tu principal hermosura.» Los Setenta trasladan: «Fuera de lo que requiere silencio, porque no puede declararse por palabras.» El devoto emperador Mateo Cantacuzeno lo toma por el glorioso título de la maternidad. «Este silencio, dice, no es otro que la manera inexplicable de tu parto;» de suerte que quiere deducir que no hay en verdad palabras con que pueda expresarse la dignidad de madre de Dios; sin embargo de que aun prescindiendo de esta calidad, no dejaria la Virgen de ser incomparable por sus raras prerogativas de naturaleza, de gracia y de gloria. Despues de haber declarado yo las relaciones que esta señora tiene con la santísima Trinidad á consecuen-